

# LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 23 de Octubre de 1892.

Núm. 131.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes.  
Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-  
tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

La correspondencia al director.  
No se devuelven los originales.  
Número suelto 15 céntimos.

## La Juventud Literaria.

### PALIQUE.

Gracias á Dios que ha llovido  
y se ha mojado la tierra.  
Los labradores pasaron  
horas de mucha tristeza  
con la pertinaz sequía  
que lleva por compañera  
en esta region agrícola  
la más horrible miseria.  
Aquí, donde no hay mas vida  
ni más fuente de riqueza  
que la de la agricultura,  
el año que no hay cosecha  
es año de privaciones  
año de hambre y de miseria.  
Pero ha llovido, y el cielo  
con el agua nos obsequia,  
y ya el labrador respira  
y fundadamente espera,  
que premie al fin sus afanes  
la madre naturaleza.

\*\*\*

La compañía Bernal  
que actua en nuestro Rómulo,  
se vé muy favorecida  
por el público. De veras  
nos alegramos, pues es  
compañía muy completa  
y artistas muy apreciables  
los que en la misma se cuentan.  
Las funciones que hasta ahora  
lleva puestas en escena  
han merecido del público  
una aprobacion completa.  
Todo hace esperar, pues,  
que será, pero muy buena,  
la presente temporada  
del teatro de Rómulo,  
cosechando los artistas  
ovaciones y pesetas.

RAMON BLANCO.

## CURSILERIAS

Doña Mónica estaba impaciente.  
Aquella visita tan intempestiva la ha-  
bía puesto nerviosa. Necesitaba con-  
templar oculta detrás de los visillos  
del balcon á aquel muchacho que ha-  
cía una hora no cesaba de pasear la  
calle y mirar con algun detenimiento  
á los balcones. Indudablemente Joa-  
quinita tenía un pretendiente y doña  
Mónica como buena madre debía aconse-  
jar á su hija en un asunto de tanta  
trascendencia; pero su amiga Gertru-  
dis habia tenido la mala ocurrencia de  
ir á visitarla entonces, y le estaba ro-  
bando un tiempo precioso.

—¿Con que dice V. que Joaquinita?...  
Articuló la inoportuna visitante de do-  
ña Mónica

—Dispénsela V. Ya sabe V. lo que  
son los amores. La verdad es que una  
madre tiene que sufrir tantas cosas.

—De manera. ¿Que hay moros en la  
costa?

—Sí, parece muy buen muchacho y  
se conoce que es de muy buena fami-  
lia, porque si viera V. qué gaban lleva.  
Venga V., venga V.

Y D.<sup>a</sup> Mónica que ardía en deseos de  
examinar más y más al adorador de  
su hija, poco menos que arrastrando  
se llevó á D.<sup>a</sup> Gertrudis á una silla co-  
locada detrás de los cristales del balcon  
y desde la cual se dominaba la calle  
perfectamente. Despues y acompañando  
su expresion con un gesto mezcla de  
desconsuelo y de rabia, murmuró:

—Todavía pasea. Se conoce que es  
algo tímido. No se atreve; y luego co-  
mo mi hija es tan corta. Y cuidado  
que se lo he dicho veces: las jóvenes  
de hoy parecéis tontas, si me hubieras  
visto á mí cuando me hacía el amor  
Lopez (V. se acordará) teniente de la  
guardia civil y el mejor mozo de Nie-  
va de Cameros. ¡Qué hombre! Aquello  
era atreverse. Pero estas mosquitas  
muertas de ahora. Ya vé V., hace me-  
dia hora lo menos que está mi hija en  
el balcon y... nada, él, pasea que te  
pasea. Pero mire V. que caida de pán-  
talon. ¡Ah! se conoce que es de muy  
buena familia. ¿Qué le parece á V.?  
¿verdad que es muy simpático?

Mire V., D.<sup>a</sup> Gertrudis, ya viene.  
¡Por fin!

Y con ese interés que en toda buena  
madre deben despertar los aconteci-  
mientos de sensacion que á sus hijas  
suceden, abrió con cuidado el balcon y  
se dispuso á escuchar la conversacion  
invitando á su amiga á que hiciera lo  
mismo.

En efecto, el joven que hacía tanto  
tiempo paseaba la calle, se habia deci-  
dido y se encontraba ya al pié del bal-  
con de Joaquina; ésta apoyada en la  
barandilla y sacando mucho la cabeza  
esperaba el ansiado momento.

Pero el momento no parecía porque el  
joven continuaba sin decir una palabra  
y Joaquinita ya no podia sacar más el  
cuerpo fuera de la barandilla sin peli-  
gro de caer á la calle.

Aquella situacion era de todo punto  
insostenible pero aquel hombre era ya  
el colmo de la timidez.

Pasó un minuto y luego otro y así  
hasta diez. Indudablemente el joven no  
rompia. El mismo lo comprendió así y  
quiso tomar las de Villadiego, pero Joa-  
quinita, á pesar de su cortedad de genio  
no estaba dispuesta á dejarle ir tan fa-  
cilmente y al ver que pretendia mar-  
charse no pudo menos de exclamar:

—¿Que desea V.?

El joven volvió grupa, y con bastante  
encojimiento dijo por fin:

—Usted me dispensará señorita, pe-  
ro....

—No, no, está V. dispensado—se  
apresuró á contestarle la niña para ani-  
marlo.

—Es que temo molestar á V. y....

—V. no molesta nunca.

—Muchas gracias, pero no se si atre-  
verme....

—Si le parece á V. por escrito mejor  
—se apresuró á decir la cortita de Joa-  
quina, viendo que la timidez del joven  
continuaba.

—No, no es necesario, creo que por  
fin he de decirselo á V., pero hubiera  
querido mejor hablar á su mamá.

—¿No se lo decía á V.?—dijo D.<sup>a</sup> Mó-  
nica, á su amiga, sin poder contenerse  
—si no hay más que verlo. Es un chico  
muy formal. Ya quiera hablarme. Pero  
como se conocen enseguida las personas  
decentes.

D.<sup>a</sup> Mónica pensaba continuar pero  
tuvo que suspender su discurso porque  
no queria perder palabra y como el jo-  
ven prosiguió:

—Sí; hubiera querido hablar á su

